

Amo y esclavo: una relación eficaz

Silvina Ocampo y Jean Genet

I. Consideraciones generales

Este trabajo pretende indagar ciertos aspectos teóricos en la obra de Silvina Ocampo y trazar algunas líneas sobre sus estrategias para la construcción de un espacio productivo diferenciado en relación a los nombres del grupo *Sur*, en particular, el de Victoria Ocampo.

A partir de *Las criadas* se conformará un eje de análisis que permita abordar la conflictiva relación amo y criado, considerando como motivo fundamental en la obra de Genet la representación de un crimen desplazado o, si se quiere, la representación de la intencionalidad de una muerte cuya dirección se desvía para recaer en la muerte –aparente o representada en una ceremonia– del que la proyecta.

La relación entre Jean Genet, *Las criadas*, Silvina Ocampo y una selección de sus relatos fue determinada en función de la delimitación de sucesivos espacios posibles de ser pensados, independientes o tangentes en algún punto. En principio, aquel que se configura a partir de las huellas que dejarían la inserción de estos escritores en un esquema social prefigurado en posesiones y carencias, y la reverberancia de tal inserción en su obra; un segundo espacio se construye en torno a la revista *Sur* y la publicación de *Las criadas*. Por último, la figura que despliegan –y abisman– las relaciones entre las hermanas Ocampo (Silvina y Victoria) y Fani, la criada de ambas, y aquel que van generando las simetrías y disimetrías entre *Las criadas* de Genet y los relatos de Silvina Ocampo delimitan los dos espacios restantes. La problemática de «el amo y el esclavo» subyace y condiciona la lectura de todos los casos.

II. Amo y esclavo: verdad-trabajo-conciencia

La dialéctica del amo y del esclavo en la obra de Hegel¹, surge como consecuencia de cierta disimetría en un proceso progresivo y de oposición de la

¹ G. W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*. Ed. Rescate, Buenos Aires, 1991. Traducción estudio y notas: Alfredo Llanos.

conciencia. La conciencia es, según Hegel, una marcha desde la primera oposición inmediata entre ella y el objeto, hasta el «saber absoluto» o «la verdad». Así lograda, la verdad de la conciencia es la *Autoconciencia*, es el hombre conciente de sí; es la verdad de la vida y también la autoconciencia es deseo. Pero a la verdad sólo se puede acceder si una conciencia se enfrenta con otra conciencia igual a ella. El enfrentamiento de dos conciencias que no se reconocen permite el surgimiento de la mencionada dialéctica del amo y el esclavo. Hegel concluye, sin embargo, que la servidumbre también es autoconciencia, en tanto que la conciencia trabajadora llega a la intuición del ser independiente, *como de sí misma*. Desde esta perspectiva, Alexandre Kojève señala que hablar del origen de la autoconciencia implica por necesidad hablar de una lucha a muerte por el reconocimiento. «El ser humano se constituye en función de un deseo dirigido sobre otro deseo, que en definitiva es un deseo de reconocimiento, pero en el caso de la relación amo-esclavo no es un reconocimiento propiamente dicho, pues el esclavo queda sometido y de allí la tragicidad de la situación».

Kojève subraya que la verdad del amo es el esclavo y su trabajo; «los otros» no reconocen al amo en tanto que amo, sino porque hay un esclavo que produce para él y así, entonces, la vida del amo consiste en consumir los productos del trabajo servil, de vivir y de por ese trabajo servil².

Jacques Lacan, polemiza y rectifica: «lo que da la “verdad” de la fórmula hegeliana es *la angustia*». Lacan considera falsa y parcial la relación amo-esclavo y hace vacilar el punto de partida de la fenomenología, que plantea en términos de perversión. «Es lindo decir que la servidumbre del esclavo está llena de consecuencias y lleva al *saber absoluto*», acota Lacan, «pero eso es decir que el esclavo seguirá siendo esclavo hasta el final de los tiempos»³.

Si el trabajo es para Hegel expresión o significación del esclavo, conviene considerar al respecto la oposición entre el «ser» y el «hacer» planteada por Sartre⁴ en su redefinición de los términos de la ecuación: «El amo es, no hace; el esclavo hace, no es».

El esclavo hace una tarea minuciosa y paciente que el amo consume; como consecuencia, el ser del amo también se define por el poseer. El esclavo, en cambio, vive a horcajadas entre dos mundos y esta doble pertenencia —que Jean Genet patentiza en *Las criadas* a través de la duplicidad lingüística en el habla de las criadas durante la «ceremonia»— destina a la

² Ver Alexandre Kojève, *La dialéctica del amo y el esclavo*, p. 15, *La Pléyade*.

³ Jacques Lacan, *Clase 2 y subs.* (Nov.-Dic. 1962) Seminario 10: Sobre la angustia. Escritos, Siglo XX, México, 1972.

⁴ Jean Paul Sartre, *San Genet comediante y mártir*, Losada, Buenos Aires.

locura. Lo alertó D. H. Lawrence: «La locura está cerca de todo hombre que puede ver simultáneamente el universo a través del velo de dos costumbres, dos educaciones, dos medios».

III. Amo y esclavo: nombrar a los niños

Recostadas sobre la historia personal de Jean Genet, las reflexiones de Sartre bosquejan la figura de un Jean Genet escritor como si fuese «un efecto sin causa» que se propone el soberbio proyecto de ser «la causa de sí». Hijo sin madre y hombre sin posesiones, al niño Genet se lo cría en el regazo de un lenguaje que no es el suyo, inserto en un medio al que no pertenece: el de los «hombres honestos» que «poseen» y «son». Estos hombres, al cuidado de quienes está el niño, lo *nombran* «ladrón» cuando sólo cuenta diez años, en un episodio en el que lo descubren robando una chuchería. Y las palabras vuelven a hacer sus estragos⁵ en el irreversible *acto de nombrar*. Esas palabras precisas, inequívocas, dan al niño Genet un ser en el que él no se reconoce. Por eso, afirma Sartre, Jean Genet busca incesantemente su ser y en el intento indaga los vericuetos del «ser», pero también los del «hacer». Genet quiere ser y hacer: «es» para hacer lo que no es –«ladrón»– y «hace» –su obra literaria– para encontrarse con lo que realmente es.

Una imagen espectacular impone la infancia de Silvina Ocampo. La niña pertenece al mundo de los hombres honestos anclados en una historia y en una cultura. Hacendados, poseedores de estancias multiplicadas por enlaces convenientes, aquilatan el valor de sus nombres y apellidos en el ámbito de la burguesía argentina. Así, entonces, la pobreza y su expresión patética –la mendicidad– aparecen ante la niña Silvina como exponentes ajenos, sobrenaturales («La pobreza me parecía divina») o prestos y al alcance de crueles experimentos infantiles («A la casa de San Isidro iban muchos mendigos. A mí me encantaba servirles el té con leche o café con leche; algo que tuviera nata. A mí la nata me parecía asquerosa. Pero me daba curiosidad ver cómo los otros se tragaban la nata tan asquerosa»).

Era de estilo en la época y en las familias acomodadas de la sociedad argentina que los niños fueran confiados a institutrices, chóferes y niñeras. («Yo descubrí a mi mamá después que quise a varias niñeras», confiesa Silvina con naturalidad). El afecto infantil se construye, de tal modo, con

⁵ «Las palabras hacen estragos cuando encuentran un nombre para lo que hasta entonces ha vivido innominado». J. P. Sartre (cit. por Pierre Bourdieu en *Outline of a Theory of Practice*, pág. 17).